



Nº. 6, agosto de 1991. Crítica

- Aizenberg, Edna. *Lenta biografía: El jad gadyá* pos–holocáustico, pos-colonial de Sergio Chejfec, pp. 51-54
- Igel, Regina. O tema do Holocausto na literatura brasileira, p. 55-65
- Otero-Krauthammer. *La orilla inminente* de Saúl Sosnowski: un manifiesto revisionista y renovador, pp. 66-68



Como el tradicional seder, *Lenta biografía* de Sergio Chejfec culmina con la historia del cabrito. *Jad gadyá, jad gadyá*:* estas palabras, el *ritornello* del popular cantito pascual, no aparecen en la novela; y, sin embargo, están allí, modulando el texto. Conforman una temática y una estética, a la vez judías y poscoloniales.

Nació en Israel. Enseña literatura en lengua española en el Marymount Manhattan College, New York. Ha publicado numerosos ensayos sobre literatura latinoamericana, y los libros *El tejedor del Aleph: Biblia, Kábala y judaísmo en Borges* (inglés, 1984; castellano, 1986), Premio F. Jenó 1988; y *Borges and his Successors: The Borgesian Impact on Contemporary Letters* (1990).

* En arameo: "Un solo cabrito, un solo cabrito".

Edna Aizenberg

Lenta biografía: El *jad gadyá* pos-holocáustico, pos-colonial de Sergio Chejfec

RESUMAMOS la historia: el narrador judeo-argentino (no nombrado) decide escribir su vida; pero descubre que este proyecto inevitablemente se torna una **re-escritura**, la reescritura del pasado europeo de su padre. Para decirse, el narrador tiene que "decir" al padre. Tiene que repetir, traducir, y rehacer los hechos, gestos, y caras de un pasado problemático; un pasado cuyos signos han sido borrados por el Holocausto, pero que reclama al presente y se prolonga en él precisamente por esa borrosidad. En *Lenta biografía* los vacíos territoriales, las inseguridades históricas, las violencias humanas, las distancias lin-

güísticas y las brechas textuales se transforman en la materia misma de la narración. Es a través del *ritornello*, de la reelaboración de estas "naderías", para usar el término borgeano, que el libro se constituye y, como el *jad gadyá*, se abre hacia el mañana rememorando el ayer.

¿Qué contiene la historia del cabrito que le impresiona al narrador? Las lecturas consagradas de la canción subrayan la bondad divina. El "solo cabrito" es el pueblo de Israel; el gato que come al cabrito, Asiria; el perro que muerde al gato que come al cabrito, Babilonia; y así sucesivamente: un imperio sucumbe ante otro —el palo pérsico, el agua griega, el

Lenta biografía

buey romano, el matarife musulmán, el ángel de muerte cristiano-europeo— gracias a la justicia de Dios, que redime a Su pueblo de la opresión, y que a fin del canto emerge triunfante. En **Lenta biografía**, sin embargo, Dios no se revela; es otra de las ausencias de las cuales se compone el libro. Tampoco está, explícita, la historia del cabrito. Sólo se alude a ella. En una narración zurcida de carencias la lectura comparte los vacíos y el proceso de buscar significado en lo apenas recordado: se sugiere la historia del cabrito porque así—incompleta, lacunar—la recuerda el narrador, y así—incompleta, lacunar—sirve de paradigma. Como bien subraya Marta Teresa Gramuglio, **Lenta biografía** es una novela de formación tanto del lector como del narrador (9).

Si el relato del cabrito no impresiona al narrador ni por su dimensión teológica ni por los detalles de su trama, ¿qué entonces? ¿Por qué conforma la temática y la estética de la novela? El ritual que convoca el pasado en la novela es una suerte de **seder**: una reiterada reunión alrededor de la mesa paternal en que los mayores rememoran el pasado europeo. En voz alta, en su idish de inmigrantes —“ese idioma tan parecido a la masticación”—alzando y entrechocando las copitas, recitan “mutilaciones de historias”, recuerdos persona-

les y colectivos de degradación y violencia. Uno de ellos, el relato de “el perseguido”, llega a ocupar el centro de atención, no sin mencionar que el perseguidor nazi, asolando una casa judía, degollando y violando a los ocupantes, se dedica a “orinar dentro del vaso ritual de las pascuas, vaciarlo, y volver a llenarlo” (27; 143). Estas mutilaciones de historias—la mutilada historia judía—se repiten una y otra vez, mientras el hijo (los hijos: la oscilación entre lo individual y lo comunal es constante), agazapado desde los bordes de la mesa, escucha con esmero, e intenta descifrar la lección del pasado trágico del padre.

Dice el narrador de este rito recordatorio: “Si algo había que me resultaba familiar... eran las historias religiosas populares. De ellas, una de las que se leían en la cena de pascuas me impresionaba sobremanera y es la que recuerdo como afín a ese oscuro sentido didáctico del pasado de mi padre. Era la historia del cabrito, que leíamos atentos... cuando ya estaba lleno el vaso ritual y las velas encendidas..., la que con su [vertiginosidad y reducción] sobreponía en mi conciencia y pensamiento el pasado de mi padre y su oscuro afán ejemplificador” (139). Estas palabras aluden no sólo a la filiación temática “jad-gadiana” de la novela, sino también a su filiación estética.

En los dos textos el motivo de la persecución (y de la sobrevivencia) es transmitido por una voz narrativa que conjuga lo personal con lo colectivo, lo oral con lo escrito, y que procede por medio de la reducción parabólica y la recapitulación ejemplificadora. La poética didáctica (o la didáctica poética) del **Jad gadyá** es la del fragmento, del incesante volver sobre lo dicho, de la indirección narrativa y lingüística (ya que se canta en arameo). El relato se constituye a base de los pedazos de canto—un canto leído, pero “trasladado al aire” por las voces—y del repetido resumen de una historia que nunca se nombra como tal (161). “Cada cosa terminaba habiendo terminado siendo como había sido referida, de una manera fatal, después de apenas dos palabras”, explica “jad-gadianamente” el narrador. Y agrega: “La permanencia, la mudanza, y el acabamiento permanentes, la consumición ciega y recíproca”. En este doble movimiento reside lo paradigmático de “esa especie de parábola”, la enseñanza de la historia judía y del pasado paterno (161).

La forma del **Jad gadyá** remite una enseñanza de cambio y persistencia: persistencia **de** lo fracturado, persistencia **frente** a lo fracturado, persistencia ineludible de los hechos del ayer en el ahora; y cambio: cambio de territorio, cambio de lengua, y también, cambio de azar,

"modificación de la historia" (162). La dialéctica de permanencia y mudanza a nivel individual y comunitario configura una genealogía que el narrador tiene que asumir para poder seguir adelante. Como en el relato del cabrito, donde pasado y porvenir se empalman, en **Lenta biografía** el pasado aspira llegar a un lugar que "habría de ser el de su consunción y habría sido su seno"; este lugar "virtual e inexistente" por la dificultad de reconstruir el pasado y de prever el futuro, es, sin embargo, el anhelado espacio de promisión, de continuidad y crecimiento (162).

No es casual que al narrador (y a Chejfec) le interesen las estrategias textuales del **Jad gadyá** más que su sustancia narrativa. Las rupturas de la historia imposibilitan una representación mimética alisada, detallada y univocal: la gran narración. De ahí el trocito, la sugestión, el multilingüismo, la **petite histoire** oral. Más aún, en una época pos-holocáustica es un contrasentido "homologar costumbrismo (temática) con literatura judía", ya que pretender un contenido fijo, enteramente familiar, no corresponde a la mutabilidad que ha signado la vida judía, sobre todo en las últimas décadas (Chejfec, "Carta"). Toda permanencia necesariamente funciona dentro de la fluidez; existe una continuidad, pero difícilmente puede erigirse en una sola e

inmutable judeidad, sea un folklorismo congelado, o una única conducta religiosa, nacional, o cultural.

En ese sentido, el rechazo de los "contenidos" que implica la historia del cabrito remite a la dimensión argentina de **Lenta biografía**. Uno de los autores que Chejfec no prefiere es Gerchunoff, cuyo proyecto en 1910 fue el de insertar lo judío dentro de lo argentino alisando las fracturas: callando el poliglótismo y las huellas del idish, y adaptándose a la gran historia oficial argentina mediante un intencionado costumbrismo, la manipulación de la figura del gaucho como máximo representante de una temática argentina "típica" ("Carta"; Aizenberg). En **Lenta biografía** lo argentino se insinúa a la manera borgeana, sin abundar en cuchilleros o milongas, asados o mates, dejando que el pudor, el dolor, la reticencia, la reflexión expresen lo que pueda llamarse "lo argentino" ("El escritor argentino y la tradición"; **Lenta biografía**, 101).

Nuevamente la poética didáctica del **Jad gadyá** sirve de arquetipo, ya que su intención (como la del padre) no reside tanto en la adopción de "conductas explícitas sino en colorear la totalidad" de la "conciencia y pensamiento con un 'tono' particular" (160). La "conducta explícita", el color local, por su misma plenitud, esencializa y limita; el "tono", en

cambio, por su misma vacuidad, pluraliza y complica. Vale decir que en **Lenta biografía** lo "jad-gadiano" da lugar a una definición de la argentinidad que socava las absolutismos simplificadores y aliena las discordias enriquecedoras.

Tal definición emparenta la argentinidad con la poscolonialidad. Las literaturas poscoloniales son las producidas en sociedades signadas por una historia de imperialización. De ahí que los textos poscoloniales resalten las discordias que resultan de la experiencia colonial: las tensiones de enraizamiento y errancia; de la búsqueda de una identidad; de la conformación de una práctica lingüística. La constante preocupación de la literatura latinoamericana y argentina por estos mismos motivos no deja lugar a duda que lo poscolonial funciona como determinante. Si el discurso colonial ("la hispanidad", "el casticismo") privilegia un solo lugar, una sola tradición, y una sola lengua, el discurso poscolonial de textos como el de Chejfec escenifica lo opuesto; desafía las retóricas consagradas y representa las realidades heterogéneas, no-acabadas del mundo "periférico".

Es así que los rasgos de la poética didáctica de **Jad gadyá** que son judíos y argentinos son igualmente poscoloniales. La narrativización de "la permanencia, la mudanza" se enlaza con la proble-

mática de la territorialidad: aunque Buenos Aires es su lugar de nacimiento y el trasfondo de su escritura, el narrador —en tanto argentino— siente una opresiva marginalidad geográfica; la reiterada imagen de su ubicación al borde de la mesa, en la periferia, refleja la disyunción entre individuo y lugar que es una de las cualidades definidoras de la poscolonialidad (Ashcroft 9).

Lo mismo ocurre con la identidad lingüística. Los rasgos que caracterizan el idioma "jad-gadiano" de la novela de Chejfec son los que marcan los textos poscoloniales: ausencia, diferencia, traducción, superposición de lenguajes. Dichas escrituras ejemplifican la falta de ajuste entre la "lengua recibida" —aquí el castellano normativo— y la experiencia del "margen", donde otras etnias y otros estratos lingüísticos desafían la **monoglosia** que generalmente forma parte de las estructuras del poder heredadas de la potencia colonial. Cuando, como en un palimpsesto, las marcas de un idish imperfectamente tachado brotan sin cesar bajo el texto español, la lengua sin poder corroe las estructuras de dominación, abriendo paso a la posibilidad de una "glotopolítica" menos monopolizante, más justa (Zabus 17).

Recalquemos: **Lenta biografía** se instala en una zona que hermana judaísmo, argentino y poscolonialidad por medio

de rupturas comunes y promesas compartidas. Este espacio, tan de nuestro tiempo, es también para Chejfec el espa-

cio de la antigua canción: **Jad gadyá, jad gadyá.**



OBRAS CITADAS

- Aizenberg, Edna. "Identidad judía, pluralidad y sobrevivencia: **Mestizo** de Ricardo Feiertein". NOAJ, 5 (1990), pp. 60-63.
- Ashcroft Bill, Gareth Griffiths y Helen Tiffin. **The Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures**. Londres-Nueva York: Routledge, 1989.
- Borges, Jorge Luis. "El escritor argentino y la tradición". **Obras completas. 1923-1972**. Buenos Aires: Emecé, 1974, pp. 267-74.
- Chejfec, Sergio. Carta personal. 19 de marzo de 1991.
- — —. **Lenta biografía**. Buenos Aires: Puntosur, 1990.
- Gramuglio, Marta Teresa. "Genealogía de lo nuevo". **Punto de vista**, 13.39 (1990), pp. 5-10.
- Zabus, Chantal. **The African Palimpsest: Indigenization of Language in the West African Euphone Novel**. Amsterdam-Atlanta, Ga.: Rodopi, 1991.

José Firstater

Iniciación

*Suave... Dulce... Deja
que tu piel permita
toda tu bondad...*

*Sabe
que tras la soberana
tez de miel serena,
sólo te espera la magia...
Siente
cómo lentamente
logras que el espasmo
olvide esos recuerdos
que ansían tanto odio...
Siente,
triste de ternura,*

*la ausencia insoportable
de la feliz venganza:
Ya nunca sabrás nada,
la curiosidad termina,
nunca más podrás
hurgar en los cajones,
sobres y carteras
en pos del goce helado...
en pos de la iracunda,
lúcida, cruel
y única verdad.*

Córdoba, Argentina, 1943; reside en Israel desde 1965. Es traductor, profesor de Teoría del Cine, y miembro de la redacción de la revista *Nombre*. En 1989 publicó *Poemas de nuevo*.

O tema do Holocausto na literatura brasileira

Os primeiros discursos da literatura brasileira abrangendo o tema do Holocausto – termo significativo da destruição da comunidade judaica européia – surgiram com os sobreviventes judeus refugiados no Brasil. Estes resguardaram-se psicologicamente de escrever sobre suas lembranças atroz, pelo menos três décadas entre as datas em que chegaram ao país e o momento de abrirem as comportas de suas memórias. Sentindo-se liberados de restrições pessoais, passaram a expor, de forma documentada ou ficcionalizada, as lembranças dos horrores vivenciados durante e após a Segunda Guerra Mundial. O salto temporal-espacial a que alguns dos refugiados se lançaram ao narrarem suas experiências ressoa por documentários, romances, crônicas e contos, numa interação de memórias, autobiografias e diários. Quando não escritos diretamente em português, os textos são traduções dos idiomas em que os memorialistas registraram suas lembranças, já em ambiente brasileiro. Com a assistência de tradutores profissionais, o resultado não se terá afastado do estilo e da dinâmica originais.

DEVIDO a seu surgimento relativamente recente, ainda que obras individuais sobre o tópico do Holocausto se prestem a uma avaliação de seus méritos literários, uma aferição global de sua inclusão no corpo memorial da literatura brasileira aguarda um crescimento quantitativo. Esta expansão seria de esperar-se de mais fontes memorialistas relacionadas com batalhas e guerras, o que na verdade é fenômeno de prestígio ínfimo na cultura brasileira.¹

Não se pode duvidar de que as dimensões do perverso e diabólico, embora sofridas em diferentes proporções pelas populações civis, terá igualmente deixado sua marca nas mentes das tropas aliadas, incluídas entre elas os “pracinhas” (apelido

Nacida em São Paulo, Brasil, ensina literatura brasileira en la Universidad de Maryland. Ha publicado numerosos ensayos sobre literatura brasileña general, así como sobre literatura judeo-brasileña.

¹ O generalizado distanciamento físico e mental da população brasileira dos eventos bélicos europeus, dos quais se fazia uma vaga associação, é reiterado em comentários como este: “Lembrança marcante deste tempo foi a experiência do blecaute [sic], que deu aos paulistanos uma pálida sensação – sem mortos, sem feridos, sem perigos – dos momentos angustiosos por que tinham passado ou estavam passando outras gentes, nas terras sujeitas a bombardeios aéreos”. “O mundo, as guerras”, *Almanaque de Memórias, Reminiscências, Depoimentos, Reflexões*, Ernani da Silva Bruno. São Paulo: Editora Hucitec, 1986, p. 145. No entanto, o setor militar brasileiro tem se encarregado de preservar a memória da participação brasileira na Segunda Guerra Mundial; para uma sinopse detalhada daquele período, ver “As Forças Armadas do Brasil na Segunda Guerra Mundial”, de Carlos de Meira Mattos, *Revista do Clube Militar*, Rio de Janeiro, Ano 64, no. 294, Mai/Jun, 1990, pp. 23-30 (com bibliografia pertinente). Utilizando uma metodologia universitária, emerge uma geração de historiadores brasileiros devotados ao registro comentado de uma das dimensões mais importantes da guerra, como é exemplo a obra *Memória da Barbárie, A História do Genocídio dos Judeus na Segunda Guerra Mundial*, de Roney Cytrynowicz (São Paulo: Nova Stella: Editora da Universidade de São Paulo, 1990).

dos soldados da Força Expedicionária Brasileira durante a Segunda Guerra Mundial).² Entretanto, tal setor, especificamente "militar" do memorial literário brasileiro, conta com uma criatividade ficcional mínima e, em consequência, é objeto de modesto aparato analítico. Menor ainda é o corpo crítico relacionado com o memorial do Holocausto, falha que este trabalho procura sanar em parte.

O aparecimento, na literatura brasileira, de uma temática relacionada àquele triste período, provoca problemas de categorização. Por fazer uso de uma imaginação plástica, isto é, recortada exatamente na configuração do real, este tipo de criatividade não-convencional não se insere facilmente nos quadros ficcionais. Críticos que focalizam o problema em literaturas de outros países têm sugerido soluções que, ainda que não inteiramente satisfatórias, podem servir de balizas para este estudo à medida que orientam uma aterrissagem crítica sobre um terreno no qual recém se ingressa no Brasil. O crítico Ross Winterowd, por exemplo, classificou onomasticamente esta nova ordem do que fazer literário com a palavra "outra", aplicada no título de seu livro, **The Rethoric of the "Other" Literature**. Depois de analisar várias atitudes críticas relativas, o autor nos deixa com a tarefa de concluir por nós mesmos que a literatura "não-imaginativa" ou o "discurso sobre fatos" é uma classificação suficiente para uma categoria literária encarada por uma formulação crítica nova.³

Tomando isto em conta, os trabalhos ficcionais e não-ficcionais versando o processo da eliminação dos judeus, programado pelos nazistas, estão relacionados à literatura que não apela para a imaginação para ser e, ao mesmo tempo, é. Este tipo literário vai afetar o discurso narrativo brasileiro em, pelo menos, duas formas distintas: 1) pela composição de teor paradidático ou semificcional, de recordações selecionadas sobre a rotina nos guetos e campos de concentração, como vivida pela pessoa narradora; por esta classificação entram trabalhos caracterizados por texto e documentação dos principais momentos da Segunda Guerra Mundial à medida que aqueles interceptaram a normalidade das vidas judaicas, incluindo a dos expositores; 2) pela criatividade ficcional versando as reações psicológicas, mentais e físicas daqueles que enfrentaram os eventos que preencheram os seis anos de martírio e morte que acossaram a Europa entre 1939 e 1945.

Enquanto o discurso paradidático não pode prescindir do dado histórico a qual justifica a exposição textual, o tipo ficcional de discurso, que convencionalmente poderia ou deveria afastar-se desta premissa, não o faz. Na prática, a narrativa foge dos modelos tradicionais e funde-se com o paradidático à medida em que está obrigada a ser aderente a uma ordem objetiva, cronológica e espacial, que traz ao texto a autenticidade de prova testemunhal.

A questão que não se pode menosprezar é a da inclusão desta produção – ainda não inteiramente reconhecida pelos cânones

- 2 Seria oportuno lembrar que historiadores militares, por sua própria ocupação, não são ficcionistas e que, ainda que modesta, sempre existiu uma historiografia militar brasileira. Entretanto, sua linhagem bibliográfica multiplicou-se sobretudo na década dos 70s, por iniciativa da Biblioteca do Exército – Editora, quando se produziram textos, principalmente encomiásticos, relativos a episódios armados brasileiros e estrangeiros. Por editoras independentes, tem-se publicado razoável número de testemunhos sobre o envolvimento brasileiro na Segunda Guerra Mundial, do qual o Cemitério de Pistóia, na Itália, é um testemunho silencioso. Em pauta distante deste formato, um dos poucos textos ficcionais tecidos ao redor de memórias brasileiras da participação do Brasil na Segunda Guerra Mundial é o romance de autoria de Boris Schnaiderman, ex-"pracinha", de origem judaica: **Guerra em Sordina** (Rio de Janeiro: Editora Civilização Brasileira, 1964). Para mais informações sobre identidade biográfica e hierarquia de brasileiros judeus participantes das duas guerras mundiais, consultar "Os judeus no Brasil e a Segunda Guerra Mundial", em **Conferências e Comunicações em Institutos Históricos**, de Egon e Frieda Wolff. Rio de Janeiro: Klabin Irmãos e Cemitério Comunal Israelita, 1988, pp. 69-72.
- 3 W. Ross Winterowd, **The Rethoric of the "Other" Literature**. (Carbondale e Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1990). Para uma sondagem no problema da literatura não-ficcional em relação à temática do Holocausto, consulte-se **Writing and Rewriting the Holocaust, Narratives and the Consequences of Interpretation**, James E. Young (Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 1988).]

literários – no curso vital da literatura brasileira. Com exclusão do discurso didático, melhor inserido na historiografia do Holocausto, os módulos semificcional e ficcional, embora comprometidos ao realismo vivenciado, visual ou oralmente testemunhado, devem ser parte integrante da literatura como o são cartas (estilo epistolar), diários (memorial) e lembranças datadas (crônicas). Estes discursos, que Winterowd identifica com o chamado estilo “confessional”, próprio do neojornalismo inserido no âmbito ficcional, incluiria ensaios e polêmicas. Desta forma, as expressões discursivas sobre o tempo passado nos campos e guetos, desde que ditadas pela urgência de comunicação pela escrita, e organizadas segundo antecedentes discursivos, formarão igualmente parte do corpo literário de um país, ainda que sua população não tivesse responsabilidade pelos conflitos engendrados naquele tempo, como é o caso da brasileira.

No vestíbulo do que será um exame de obras brasileiras relacionadas com o Holocausto, deve-se observar certas características comuns a todas: no ínterim, tanto o módulo de tipo semificcional e ficcional são discursos formulados por autores de origem judaica. Isto porque, tendo sido alvo de um genocídio programado, estes foram os que sofreram o impacto do delirante esquema nazista em número maior do que os demais grupos nacionais. As perdas destes últimos, ainda que lastimáveis sob qualquer ponto de vista, foram bem menores, quantitativamente, quando comparadas aos quase seis milhões de judeus exterminados em chão europeu. Portanto, não deve constituir espanto que, entre os sobreviventes judeus que alcançaram o Brasil, alguns se tenham alçado a registrar e interpretar suas lembranças. (Não se tem notícia literária brasileira de ex-prisioneiros cristãos, embora se saiba que a maior parte dos sobreviventes cristãos internados em Dachau, por exemplo, permaneceu na Alemanha). Outro ponto comum aos escritos dos autores a serem examinados são as lacunas de memória, preenchidas

com situações ocorridas a outros, as quais foram encaixadas como próprias, dada a trágica repetição dos males coletivos. Desta forma, fragmentos textuais espelham-se em termos geográficos, históricos e psicológicos; trajetos percorridos por um memorialista, por exemplo, foram igualmente caminhados por outro e outro mais; ordens, humilhações e pancadarias foram recebidos por todos; inesperados encontros com parentes, vizinhos e colegas, nos campos e nos guetos, ocorreram a quase todos e são trazidos invariavelmente à tona das recordações, assim como os testemunhos das mortes que se repetiram incessantemente.

Escrita a partir de lembranças individuais, uma narrativa pode representar a ela própria e, ao mesmo tempo, a um número desdobrável por milhões, pois as tragédias impostas a um indivíduo terão acontecido a muitos outros, os quais jamais tiveram a oportunidades de narrá-las; a busca da finalidade ao ato vivido ou observado, expresso por um férreo apego à veracidade, sobrepe-se ao cultivo da criatividade da imaginação, e tanta é a preocupação dos autores pelo real como eles o vivenciaram, que um trabalho, projetado como ficcional, poderá subliminarmente converter-se em “crônica” do Holocausto ao longo da sua travessia narrativa, o que lhe emprestará uma característica “híbrida” entre documentário e ficção. Daí a idéia de chamar de “semificcional” a esta produção que incorpora a criatividade ficcional ao ato vivenciado, sem prescindir do dado histórico. Ainda assim, não se pode confundir com o romance histórico, no qual, como indica sua nomenclatura, história se confunde com ficção. O relato semificcional, por seu lado, possui um componente imaginado mínimo, o qual se suspende no limiar da revelação histórica.

Esta última identificação se acarrea a um outro aspecto desta literatura de horrores, como o tratamentos do tempo em relação às dimensões física e mental do narrador no decorrer do ato de narrar. Como o narrado corresponde a um tempo desenterrado

pela memória, o seu reavivamento desencadeia uma série de lembranças de eventos, paralelos ou conseqüentes, levando a narrativa a uma dissipação da dinâmica de seus limites e enovelamentos, fazendo-a como conseqüência, penetrar por áreas isentas de coordenação ou ordem. Alguns autores confessam suas falhas de memória, outros deixam cair o fio do relato para retomá-lo depois de um lapso de tempo. No entanto, a peculiaridade do discurso isenta a pessoa narradora de qualquer transgressão: deixar de narrar acontecimentos referentes a um bloco semanal ou mensal não chega a dispersar o fio narrativo, pela igualdade dos dias em que infrações e punições, expressas por sofrimentos corporais e humilhações diversas, numa associação disparatada de causas e efeitos, eram abundantes e sucessivos.

A dimensão física da narrativa está ligada ao mesmo aspecto da homogeneidade temporal da vida nos campos e/ou nos guetos: o espaço vivido restrito à metragem dos arames farpados e às torres de controle, com seus habitantes só se mobilizando no percurso que ia dos catres ao "trabalho", à fila da sopa ou à linha de execução, restringe o testemunho, em certas ocasiões, a um contar estatístico de mortos, enfermos, escapadas e castigos, **ad nauseam**.

Não se pode esperar por originalidade temática, pois no registro do seu infinito horror, o Holocausto só pode ser abarcado por finitos recursos estilísticos, como o manuseio da descrição e reflexão, que vai determinar o grau do valor individual de cada obra. Nesta pauta, insere-se a voz autobiográfica como componente predominante. Esta abrange tanto as narrativas das atrocidades dos guetos e nos campos de morte, como as fugas, principalmente para a Rússia, para onde os judeus correram na ilusão de poderem viver uma vida isenta de maiores perigos. Os maus tratos os perseguiram também nas províncias russas onde, de refugiados protegidos pelo governo, foram transformados em escravos, em minas insalubres e florestas cerradas. Como

estas circunstâncias só puderam efetuar-se por causa e em decorrência da maximização do sadismo nazista, o conjunto de obras referentes àquelas incursões e vivências são incorporadas como germinadas da mesma temática do Holocausto.

Embora não seja possível uma rigorosa metrificação da diversidade discursiva sobre este tema, é possível verificar que o módulo paradidático, no qual se preserva a convencionalidade de um manual de história, compreende textos descritivos acompanhados de desenhos, fotos com legendas, e outras documentações. Neste setor inclui-se parte das obras de Chaim Nekrycz, polonês radicado em São Paulo, cujas publicações são assinadas por Ben Abraham, seu "nom de plume". Testemunha e sobrevivente do nazismo como os demais escritores aqui tratados, ele é autor de trabalho abrangendo os dois módulos indicados, além de documentários auto-explicitos.

Aos tipos semificcional e ficcional correspondem narrativas em graus variados de ficcionalidade e testemunho pessoal, nos

***"O discurso do
Holocausto no Brasil
é uma escrita testemunhal,
na qual a auto-interpretação
é ainda incipiente..."***

quais se resgatam datas, locais, eventos e nomes de participantes ativos e passivos. Este cuidado reflete grande fidelidade aos acontecimentos que os autores, paradoxalmente, não puderam (ou não quiseram) apartar de sua memória. Daí a forma híbrida, ficção e documentário, em narrativas de memorialistas tais como o já citado Ben Abraham, Konrad Charnatz, Américo Vêrtes, Joseph Nichthausen, Olga Papadopol, Alexandre Storch, Sônia Rosenblatt e Malka Lorber Rolnik.⁴

A contribuição literária dos assinalados, seja ficcional ou semificcional, tem sido escassa. Com rara exceção, cada um deles publicou apenas um livro, motivado por suas lembranças da guerra, o qual lhes terá servido funcionalmente como liberação catártica, aparentemente o móvel fundamental para seus retornos mentais e registros escritos. Todas as obras indicadas (v. nota 4) são de cunho semificcional, menos a de Américo Vêrtes, que trabalhou suas memórias a partir da narração em terceira pessoa, e Malka L. Rolnik, que dividiu seu livro em duas partes, a primeira autobiográfica e a segunda composta de "vignettes" sobre amigos, parentes e pessoas conhecidas, todas imoladas pelos nazistas. Os dois escritores que preferiram elaborar "ficcionalmente" suas memórias, prosseguiram pela via tradicional do relato, procurando uma síntese articulada para representar o real ao mesmo tempo que informavam sobre experiências pessoais daquele real.

Nichthausen e Ben Abraham indicaram sua travessia por guetos e campos de concentração segundo um modelo de diário, em

organização semificcional que incluiu datas e locais precisos paralelamente a reflexões pessoais. O primeiro enlistou oito campos (Sosnowice, Sucha, Sakrau, Bismarkhutte, Reigersfeld, Auschwitz, Gross-Rosen, Buchenwald), o segundo repassou seus cinco anos e meio no gueto de Lodz, duas semanas em Auschwitz e mais tempo em outros campos, enquanto Karmatz, saindo de Sosnowiec (o mesmo de Nichthausen, em grafia diferente) descreve Dachau, para onde chegou como um dos poucos que sobreviveram a "mortífera marcha Varsóvia-Dachau", de onde foi transferido para Mühldorf, e de onde escapou fugindo.

Muitas lembranças, percepções e comentários são comuns a todos os textos, dos quais alguns são aqui examinados. Tanto Karmatz quanto os outros escritores enlistados apresentam-se como testemunhos de atos criminosos perpetrados por autoridades oficiais sob olhares indiferentes da população civil. Nichthausen recorda como, numa das paradas dos fatídicos trens, "uma vez fora do vagão, fomos imediatamente isolados dos transeuntes que passavam sem nos ver..." (106). O mesmo é lembrado por Sônia Rosenblatt, integrante de colunas fustigadas pelo exército romeno aliado aos nazistas, ao descrever que "todavia, a despeito de todo o sofrimento que a caravana revelava, nenhum camponês, das aldeias por onde passávamos, ousava qualquer gesto de solidariedade" (29).

Entre os que viveram e vieram contar o que viram, há como uma tácita combinação de que suas experiências só poderiam

4 Bibliografia dos escritores mencionados no texto: Ben Abraham (obras paradigmáticas, selecionadas): *Holocausto*, São Paulo: WG Comunicações Produções, 1976; *Izkor*, São Paulo: Editora Parma, 1979; *Segunda Guerra Mundial, Síntese*, São Paulo: Sherit Hapleita, 1985; (obras híbridas, selecionadas): ... *E o Mundo Silenciou*, São Paulo: WG Comunicações Produções, 1972; *O Trajeto*, Editora B'nai B'rith, 1982; Américo Vêrtes, *Entre Duas Evas*, São Paulo: edição financiada pelo autor, 1969; Konrad Charnatz, *Pesadelos, Como é que escapei dos fornos de Auschwitz e Dachau (Memórias)*, São Paulo: Editora O Novo Momento Ltda., 1976; Joseph Nichthausen, *Quero Viver... Memórias de um ex-morto*, São Paulo: Empresa Editorial Rical, Ltda., 1972. Literatura decorrente do Holocausto: Olga Papadopol, *Rumo à Vida*, São Paulo: Edições Símbolo, 1979; Alexandre Storch, *Os Lobos*, São Paulo: Editora Soma Ltda., 1983; Sônia Rosenblatt, *Lembranças Enevoadas*, Recife: Companhia Editora de Pernambuco, 1984; Malka Lorber Rolnik, *Os Abismos*, Curitiba: Montana Composições Eletrônicas, 1990. Pertencem a estas edições as ilustrações textuais cujos números de páginas estão em parênteses no corpo crítico.

ser transferidas para uma folha de papel se elas fossem calçadas em todas as dimensões do real, como formulado por Nichthaus nos seus primeiros parágrafos: "Os personagens deste livro são todos reais e com nomes certos" (11). Mesmo recorrendo às técnicas tradicionais do relato, como o fez Vértès, isto é, criando uma dimensão ficcional ao seu testemunho, o verismo pontilha a sequência dos fatos, como nenhum escritor do chamado estilo realista tivesse julgado como passível de ser verossímil. Lugares onde ele morou, nomes de pessoas que existiram, passagens vividas nos campos, marcados cronologicamente estriam o romance "ficcional" de Vértès, tornando difícil classificação categórica.

O tema do Holocausto bifurca-se, entre os autores examinados, pelas amargas recordações das agruras sofridas no desenrolar da guerra e pelas não menos amargas reminiscências de fatos acontecidos como consequência da mesma, ao longo dos itinerários percorridos na fuga sem destino fixo. As narrativas abarcando ambas as experiências representariam um estágio ulterior a elucubrações fermentadas pelos sobreviventes ao longo das décadas que precederam suas disposições individuais para os discursos de ordem histórica, ficcional e semificcional. Antes disto, a tendência geral era a convivência grupal, aglutinada pela afinidade de um passado repleto de experiências negativas. Seria estranho à natureza humana não tentar, de alguma forma, aliviar-se do peso das perdas afetivas, do luto e do margor através da exposição dos fatos vividos. Desde modo, seus aderentes satisfaziam, até um certo ponto, a necessidade de aliviar-se das lembranças de parâmetros similares.

Psicólogos têm esboçado um mapeamento do comportamento dos sobreviventes incluindo seus descendentes, nascidos depois do findar da guerra. Stanley L. Rustin, ao analisar as reações psíquicas daqueles que por fim encontraram certa paz numa vida convencional, revela: "In the years following World

War II many survivors emigrated to the United States, Israel, Canada and South America. Frequently survivors lived in neighborhoods with other survivors ... In strange lands, with strange languages, the survivors would connect with other survivors and establish the social and psychological climate of the war period ... Loss and mourning was an inevitable component of being a Holocaust survivor".⁵

A sensação de culpa que parece embaraçar alguns dos narradores é um dos sentimentos observados por psicólogos que trataram sobreviventes em território norte-americano. Ao descrevê-los, Leslie Berger recorre ao termo "survivor guilt" (culpa de sobrevivente) cunhado por William G. Niederland, um dos pioneiros no estudo das atitudes mentais dos que escaparam dos campos de morte.⁶ Os narradores de memórias apegaram-se a uma linha semiapologética, veladamente explanatória, a qual circula entre eles com certa variação estilística. Pela mesma, parecem pedir licença para poder expor suas desgraças, relembrar seus mortos ou para guardar luto. Olga Papadopol, natural da Bessarábia, sintetiza um pensamento perceptível em outros discursos: "Desde que cheguei ao Brasil, em 1948, uma grande ânsia tomou conta de mim. Queria escrever, desejava desabafar, mas refreei meu impulso a fim de não traumatizar meus filhos que estavam ainda em tenra idade" (21). Mais adiante, ela se pergunta, ao ingressar no seu aposento de memórias: "Quero me convencer de que a melhor forma para poder viver é tentar esquecer, mas como encontrar a fórmula para apagar as lembranças?" (24). O polonês Konrad Charmatz con-

5 Stanley L. Rustin, "A Psychological Examination", *The Psychological Perspectives of the Holocaust and of its Aftermath*, ed. por Randolph L. Brahm, New York: Graduate School and University Center of the City University of New York, 1988, p. 167.

6 L. Berger, "The Long-Term Psychological Consequences of the Holocaust on the Survivors and Their Offspring", *The Psychological Perspectives of the Holocaust and of its Aftermath*, op. cit., p. 179.

fessa sua razão para suas anotações: “Decidi também escrever para satisfazer muitos de meus amigos e companheiros que não paravam de insistir, de exigir: escreva e publique tuas memórias! ... Justamente pelo fato de todos esses horrores se acharem um tanto esmaecidos e estar sendo quase esquecido o que se passou ... é que vou reavivar os quadros e recordar os trágicos acontecimentos ...” (9). A mesma motivação é evidente no título que a rumena Sônia Rosenblatt deu ao seu livro, **Lembranças Enevoadas**, mesmo porque suas recordações se ressentem da passagem do tempo e de seqüelas de uma amnésia adquirida ao tempo da escravidão (36).

O sentimento de “culpa de ser sobrevivente”, em variados graus de autoconfissão, se verifica principalmente nos discursos narrados por uma voz autobiográfica. De outro lado, aqueles que pautaram pela elaboração ficcional das suas experiências, transferindo-as para personagens, já não viram a necessidade de excusar-se, uma vez que não estariam expondo tão obviamente os insultos, as indignidades e humilhações sofridas. Deslocando estas experiências para seres ficcionais, o narrador as espelha de forma enviesada, através do ato ficcionalizado. Assim, não se sentiria obrigado à mesma necessidade de justificar ou desculpar o ato “indelicado” de expor misérias vividas, desde que não as impõe diretamente ao leitor. Neste caso se insere o húngaro Américo Vértés que, no seu único romance, **Entre Duas Evas**, criou uma personagem para quem delineou o trajeto percorrido por ele antes de chegar ao Brasil, onde trocou seu nome “Imre” por “Américo”, reservando o primeiro para seu personagem “fictício”. Ligada a um espírito aventureiro, certamente moldado no romantismo alemão do século anterior, sua novela não está imbuída do mesmo grau de febril densidade percebida nos relatos expostos por narradores em voz direta. A substância de seu processo narrativo está distante do teor de verossimilhança percebido nos discursos de ordem autobiográfica confes-

sa, principalmente por evidenciar a necessidade de criar pares compostos de heróis e vilões, os quais se confrontaram em situações mais aderentes a conflitos de capa e espada do que aos trágicos acontecimentos de ordem social que forraram a Segunda Guerra. O mesmo se percebe na parte relacionada às veredas percorridas no Brasil, quando Américo penetrou pelos mistérios da selva amazônica onde utilizou seu conhecimentos de Medicina. Ali também conviveu com o índio brasileiro, a quem percebeu como versão tropical do **nobre selvagem** roussiano, imagem que lhe terá sido inculcada nos tempos de sua juventude estudantil, quando pertencia à burguesia húngara.

Em todos os discursos verifica-se um grau de ansiedade, de parte dos autores, em assimilar a realidade vivida e transmiti-la aos leitores. K. Charmatz, em prólogo a **Pesadelos**, diz: “Alcançada a liberdade senti premente necessidade de escrever um livro que eternizasse todos esses trágicos acontecimentos, recordando e imortalizando nomes que não deveriam ser esquecidos e extintos” (8). O autor penetra por uma descrição pormenorizada do colapso de Sosnoviec, cidade na Polônia onde ele se encontrava à altura do ataque alemão. Dentro desta determinação obsessiva pela fidelidade aos acontecimentos, além de “eternizar” nomes que, paradoxicamente, deveriam ser esquecidos, como o de Moniek Morin, um dos “reis dos judeus” coroados pelos alemães, Karmatz também divulga atos esvaziados de mérito moral da parte de judeus que aceitavam qualquer tipo de atividade para poderem prolongar suas miseráveis vidas. Entre estes sobressaem os “kapos”, os quais pululam pelas memórias do narrador como portando horrendas máscaras duplas, uma face sorridente a seus algozes nazistas, a outra assustadora, exposta a suas vítimas e irmãs de infortúnio. Assim retratou ele um “judeu da Jugoslávia, que em sua terra devia ter sido magarefe ou mercador de cavalos, pois era homem rude e brutal” (154). Uma das presenças mais vergonhosas da co-

munidade judaica durante a guerra terá sido a dos tais policiais judeus, selecionados pelos alemães para algozes da sua própria gente. Eles surgem na obra de Nichthauser, "Os Kapos tinham a aparência de selvagens em busca de presas; ... berravam, insultando-nos sem motivo algum, apenas para agradar aos SS" (169). Obviamente, famoso entre eles foi Chaim Rumkowski, uma das figuras mais controvertidas da história do Holocausto. Ben Abraham, em ... **E O Mundo Silenciou**, situa a Rumkowski como um déspota que "procurou impor sua autoridade através da fome" (30). Mas ao fazer um pedido ao tirano, pelo qual foi publicamente humilhado, o autor recorda que "Rumkowski agarrou-me e deu-me duas bofetadas, uma de cada lado do rosto" (63), mas revela também sua surpresa por ter seu pedido atendido, recebendo permissão do seu agressor para entrar numa espécie de "pensionato", onde ele poderia se recuperar por uns dias, de recente tifo que o acometera. O autor registra ainda que a ascensão no gueto do "presidente" Rumkowski, como a chama ironicamente, a qual foi devida a uma mescla do infame e do heróico, não o salvou do crematório, para onde marchou com toda a família, "inclusive irmão e filho adotivo ... no dia da chegada ao Auschwitz" (106).

Alexandre Storch, que fugiu de Lambert antes do ataque dos nazistas e enfrontou-se entre os russos, faz referência a uma outra estirpe, a dos delatores, citando um tal "Dr. Manes Dikes, advogado, nascido em nossa cidade ... ele apareceu logo após a entrada dos alemães; um 'figurão' junto à Gestapo, transformando-se em virtual 'dono' dos judeus de Rava e redondezas" (95).

O que vai distinguir uma obra de outra, ainda que todas revivam quase o mesmo, desde humilhações a torturas e mortes, é o teor da comunicação individual. Ben Abraham anuncia frequentemente, no decorrer do texto, sua presença nas situações narradas, pelo uso dos verbos **ver** e **ouvir** a garantir sua autenticidade, como nas passagens: ... "**vi** meu pai gemendo" (25),

"De repente começamos a **ver** as coisas mais terríveis" (27) "**Vimos** os doentes serem arrancados de suas camas ... **ouvimos** os gritos ... **vi**, então, algo inesquecível ..." (48).

A perspectiva de Nichthauser é a do menino que presenciou o dia em que a guerra penetrou pelo seu mundo, a 31 de agosto de 1939, quando "ainda faltavam uns três meses para completar 11 anos" (19). Daí a sequência de perguntas que se intercalam or suas memórias, como para dar vazão à perplexidade de um garoto brutalmente jogado ao mundo dos adultos, recordando: "De repente, não pude mais: comecei a chorar convulsivamente, como uma verdadeira criança que era" (23). Seu mundo familiar se desintegraria dali a alguns dias, ficando com ele o irmão David, seu esteio moral em parte da longa travessia da guerra. Emanava de seus textos a força espiritual absorvidas do irmão e, mais tarde, quando este foi assassinado, das recordações de tempos mais calmos, como na passagem: "Veio-me ao pensamento o livro 'O Último dos Mohicanos', que lera antes da guerra. Sentia-me abandonado e infeliz como o principal personagem do livro. Sou o último dos Nichthausers. O último de uma família enorme ... David garantiu-me que eu sairia do campo vivo, mas não falou que ele sairia" (228). Em seu relato são freqüentes as alusões a uma série de artimanhas empregadas por seu irmão para livrá-los de sofrimentos maiores e dos pequenos sucessos devidos à sua inteligência e rapidez de pensamento. Para o menino José, o mundo dos campos foi um pouco menos doloroso graças aos conselhos do irmão e também à fé no "Todo Poderoso", que David conseguira inculcar-lhe. Sua escrita está imbuída da mesma espiritualidade absorvida naqueles anos, à qual se juntou o frescor da ingenuidade mal-desperta do dolescente.

Karmatz, por sua vez, revive a atmosfera vivida de um ponto de vista de um adulto que tinha 29 anos à altura em que a guerra entrou pela Polônia. Comerciante abastado, sua trajetória de humilhações se iniciara com a perda de sua empresa de chapas

de vidro. Sua constante busca de significado para o que sofria mesclam-se com descrições de episódios que, entre torturas e fugas, lhe ocorreram ou foram vivenciados, num estilo vido e isento de artifícios. Assim, ele revela os bastidores dos conglomerados humanos arbitrariamente armazenados nos guetos e campos, com suas negociatas, armadilhas e proteções interestes. Embora os demais memorialistas também tenham feito referência aos subornos e ao estado de corrupção espraiados ao redor deles, Karmatz identificase, em **Pesadelos**, como um dos beneficiários de algumas tramas, as quais se justificavam à luz da sua invencível vontade de seguir vivo e de ter alguns dos meios financeiros necessários para comprar o seu destino. No entanto, em 1944, como ele notifica, “minha boa sorte se esvai” (172), e passa a ser um dos inúmeros flagelados judeus que presenciaram o término do mundo judaico europeu. A lucidez da descrição de sua vida no gueto leva-o a verse como um dos derradeiros testemunhos de um mundo por terminar. Curiosamente, ao comentar uma noite especial passada num acampamento de trabalho, instalado em Varsóvia, ele cita a mesma obra lembrada por Nichthausen, expondo o paradoxo de uma cena de Pesach: “Os últimos resquícios do judaísmo europeu se debatiam contra a aniquilação no acampamento de escravos. Por todos os lados flamejava um inferno que engolia as últimas vítimas. E aqui, bem no meio do inferno se reúnem os últimos moicanos do atormentado povo judeu e assam os matzohs em homenagem ao Pessah, realizando a cerimônia do Seder, o dia da liberdade...” (185).

A “literatura da atrocidade”, como chamada por Lawrence Langer,⁷ criada depois de passada a tragédia que a engendrou, como o nome indica, é composta de indignidades humanas perpetradas e sofridas intensamente. O mesmo se dá com a narrativa criada pelos fugitivos do Holocausto. Dos oito autores acima enlistados, quatro se dedicaram a descrever suas expe-

riências a caminho e nos países onde entraram como refugiados, sendo a Rússia em deles, por cujos governantes e população foram tratados como escravos. Aqueles que escaparam dos campos e dos guetos, para encontrar novas modalidades do sofrimentos como andarilhos maltrapilhos e esfomeados, revolveram um espaço geográfico que até Marco Polo teria achado impossível de percorrer. Mais do que isto, as manobras extraordinárias que alguns destes fugitivos tiveram que aprender para sobreviver, pode desafiar o imaginário convencional. Alexandre Storch, como “partizan”, foi ora “oficial” do exército polaco, ora representante do clero, e a descrição autobiográfica de suas atividades, carregada de expectativas, sugere um livro de aventuras inverossímeis.

Como os relatos sobre o terror nazistas, compostos para a escrita muitas décadas passadas o Holocausto, assim as narrativas das fugas são cristalizadas pela distância temporal-espacial. Em ambos os casos este congelamento singulariza a narrativa como predeterminada, pois um dado certo é de que o narrador (ou narradora) sobreviveu a guerra para poder relatar sua involuntária participação na mesma. Depois de vencido o espaço psicológico entre a Europa e o Brasil e conquistada a inibição de narrar o que lhes aconteceu, os narradores se enfrentaram não só com as dificuldades inerentes à simples postura de narrar, mas com a ausência de um apoio metafórico para as cenas testemunhadas. Adjetivos como “dantesco”, “incrível”, “bestial” e similares foram usados e reusados à falta de recursos léxicos ao nível infra-humano do Holocausto. Como forma de circundar o problema, alguns dos memorialistas recorreram ao humor, bastante forçado a bem da verdade, mas que fez entrega do horror em medida de doses deglutíveis, como a descrição de

7 Lawrence L. Langer, “In the beginning was the silence”, *The Holocaust and the Literary Imagination*. New Haven e Londres: Yale University Press, 1975, p. 1.

Malka L. Rolnik em **Os Abismos**: “Um dia, um de nossos vizinhos voltou com o rosto muito inchado. Além do nariz não se podia reconhecer mais nada ... Todos nós em casa ficamos olhando para aquela pessoa que se transformou tão repentinamente, rindo sem parar, rindo da nossa própria desgraça” (43). O mesmo expediente se repete no discurso de Sônia Rosenblatt, em **Lembranças Enevoadas**, ao relatar que: “Para culminar, numa daquelas noites Sunia gritou assustada ao contacto com o novo ‘visitante’ peludo, mole e quente como um gato. Era um rato do campo, forte e rápido... Tal episódio foi o ingrediente que faltava às nossas amarguras e para superá-las nós o usávamos como motivo de brincadeiras. ... Procurávamos nos divertir com as nossas próprias desgraças e rindo ficava menos amargo o nosso dia-a-dia” (36).

O esquema humorístico, se se revelou uma trégua para uns, não foi sequer possível de ser lembrado por outros. O relato de Olga Papadopol é pesado e isento deste tipo de tropo, a ironia. O itinerário percorrido por ela e seu marido, iniciado em companhia de mais membros da família, todos perecidos pelos caminhos, é uma maratona de trabalho, fadiga, maus tratos e morte na Rússia estalinista. As esparsas pausas entre as descrições, ela as dedica a contínuas referências à sua forte esperança de vida e à fé religiosa como motivo de ter sobrevivido a incontáveis agruras. Por seu discurso se intecam passagens como esta, “agradecíamos constantemente a Deus por nos poupar e por nos permitir perceber em tempo quando precisávamos fugir” (55), cujas premissas se encontram bastante afastadas do pensamento do conhecido psicoanalista e escritor Viktor E. Frankl, sobrevivente que adotou uma atitude solipsista, ao refletir: “When a man finds that it is his destiny to suffer, he will have to accept his suffering as his task; his single and unique task. He will have to acknowledge the fact that even in suffering he is unique and alone in the universe. No one can relieve him

of his suffering or suffer in his place. His unique opportunity lies in the way in which he bears his burden”.⁸

Olga não recorreu ao isolamento espiritual, buscando, ao contrário, solidariedade entre os judeus e complacência entre os não-judeus. Com resultados felizes em alguns casos, e negativos em outros, ela e seu marido prosseguiram através da guerra até conseguirem sair da União Soviética e, por acaso, chegar ao Brasil. O círculo de fogo se fechava, abria-se a vida movimentada, em ambiente tropical já sentido previamente, como indica: “à medida que nos aproximávamos do Atlântico Sul, o calor começava a nos aquecer, os nossos corpos não mais estavam enregelados e as nossas almas pareciam criar vida nova. Os peixes eram abundantes e enormes cardumes vagavam pelos mares” (97). É clara e relação alegórica – calor, peixes, cardumes – intuitivamente criada por Papadopol ao ver-se livre dos anos de infortúnios e perceber a chegada de melhores dias, como ela explica pela reiteração: “Fomos tão somente pessoas simples que venceram em sua perseverança, que conservaram a fé em Deus e na humanidade, apesar de todos os pesares” (105).

O discurso do Holocausto no Brasil é uma escrita testemunhal, na qual a auto-interpretação é ainda incipiente. No entanto, uma dimensão não é independente da outra, e enquanto a batalha de todos os escritores é extrair da palavra seu poder connotativo, mais difícil se torna quando o escritor é imigrante que desconhecia o idioma português antes de aportar no Brasil. Este é o caso de todos os narradores aqui examinados. Ainda que auxiliados por outras pessoas em suas esforços de preencher suas páginas com suas memórias (a obra de Karmatz foi traduzida do ídiche, a dos demais foi revista ora por profissionais ou

8 Viktor E. Frankl, “Experiences in a Concentration Camp”, *Man's Search for Meaning*. New York: Washington Square Press, 1985 (reproduz edição de 1959), p. 99.

por outros conhecedores da gramática da língua portuguesa), a medula do relato pertence a quem vivenciou o relatado. Daí o valor insubstituível dos seus textos, ainda que apresentem pontos de coincidência geográfica e histórica entre eles.

Alguns dentre os narradores, conscientes de que uma expectativa poderia crescer no espírito de seus leitores, encerraram suas histórias com uma indicação do destino que tomaram depois de finda a guerra – ao serem impedidos pelos ingleses de ingressar em Israel – como Sônia Rosenblatt, que formulou uma frase de agradecimento ao identificar seu país de adoção: “No Brasil encontramos o calor da acolhida ... a paz e o trabalho que nos permitiu reerguer um novo lar” (76); Olga Papadopol registra seu regozijo ao ouvir sons de buzinas e pragas de motoristas irritados debaixo da janela de seu apartamento em alguma cidade brasileira. Ben Abraham encerra seu livro com a reflexão: “Todo dia agradeço a Deus pelo presente que me deu. Pela vida ... Hitler está morto. Himmler está morto, e com eles Gobels e tantos outros. – Eu estou vivo” (135). Intensamente doloroso, ainda que o momento recordado seja o das portas da salvação abrindo-se a Nichthauser, o fecho às suas memórias reitera paradoxo. Endurecido por cinquenta meses de escravidão, o narrador presenciou a chegada das tropas americanas ao seu campo, entre as quais sobressaíram um capelão católico e um rabino. Recorda ele que ambos se ajoelharam e puseram-se a chorar quando viram os escombros e os retalhos humanos que sobraram do Holocausto. O autor de **Quero Viver...**, com dezesseis anos e meio àquela altura, perplexo, lhes perguntou: “Por que estão chorando?” (231).

As condições para que a temática do Holocausto seja definitivamente enquadrada na literatura do Brasil são satisfeitas pelos autores examinados pelos seguintes fatores: seus discursos estão inseridos na atmosfera cultural do Brasil, embora não necessariamente restrito à mesma; os artifícios estéticos utilizados são co-

muns à criatividade conotativa da língua portuguesa; por fim, usufruíram da mesma liberdade criativa comum aos escritores brasileiros, ilimitada e vinculada ao seu trabalho. Condicionando-se a estes fatores, não há porquê obliterar de estudos analíticos pertinentes, no Brasil, o feixe de obras sobre o Holocausto, com suas idiosincrasias, existentes ou por surgir. 

Edith Goel

*Hay una distancia que se pierde
y la encuentro
en el silencio de este pan
y en este punto de partida.*

*Las despedidas
nos desgastan
con su arena
y ese polvo de jasmín
que barremos a desgano.*

*El viento de la costa
no nos alivia esta noche.
Sin embargo,
esta asfixia pasará
y vendrán otras.*

*Más tarde,
sin previo anuncio,
todo lo presente desaparecerá
para siempre.*

Nació en Adrogué, Argentina, en 1952; vive en Israel desde 1972. Es traductora y profesora de español, y ha realizado varias exposiciones de pintura.

***La orilla inminente* de Saúl Sonowski: Un manifiesto revisionista y renovador**

EN su artículo "Las otras fronteras: La literatura argentina en el exilio", Sosnowski dice que "luego de afianzarse como argentinos hijos de inmigrantes, la necesidad de emigrar, puede llevar a algunos a agazaparse en el refugio del recuerdo..., pero también puede alentar una revisión de los orígenes, del sentido mismo de la identidad, en cuanto a argentino".¹ En la obra crítica literaria de Sosnowski, se percibe la persistente búsqueda de una toma de conciencia judeo-argentina. Si consideramos *La orilla inminente*² como un texto literario producido por un contexto determinado, observaremos que del cuerpo de escritura surge no solamente una voz sino una multitud de voces. El texto nos revela una búsqueda múltiple. No

Nació en Argentina. Es profesora de literatura ibero-americana en la State University of New York at Oneonta. Se halla en prensa su libro *Represión y libertad de la condición humana en la narrativa de Manuel Puig*.

1 Saúl Sosnowski, "Las otras fronteras: literatura argentina en el exilio". *Discurso literario*, No. 1, Vol. 2 (otoño 1984), pág. 237.

2 Sosnowski, *La orilla inminente: Escritores judíos argentinos* (Editorial Legasa S.A., Bs.As., 1987). Todas las citas tomadas de este libro serán indicadas con el número de página.

se trata ya de Sosnowski, sino de muchos otros escritores judeo-argentinos, quienes por medio de un proceso intelectual de avance y retroceso en la historia, emiten al unísono un discurso transformador. Es ese discurso, portador de una nueva visión acerca de los judíos argentinos y su lugar en la sociedad a que pertenecen, el que será objeto de este estudio.

En el centro de la mencionada textura discursiva, se destaca la voz de Sosnowski, investida con el conocimiento que le otorga la nacionalidad argentina, su origen judío y el distanciamiento espacial y temporal que apacigua y clarifica el pensamiento. El discurso de Sosnowski se desdobra en su libro para crear dentro de la obra, un diálogo entre el ensayista y el lector/crítico literario de los textos de Germán Rozenmacher, Gerardo Mario Goloboff y Mario Szichman.

En la primera página del prefacio Sosnowski abre el diálogo con una afirmación que define la línea de pensamiento que, objetiva o subjetivamente, dominará el contenido del texto:

Ser argentino judío es diseñar y disponer sobre la página los componentes de la pluralidad originaria; es ejercer la palabra como contribución a la cultura nacional que se debe definir mediante la integración de los múltiples aportes étnicos de sus ciudadanos (p. 9).

Sosnowski considera por lo tanto al judío argentino, como un signo en el que convergen otros signos que representan en forma unánime y heterogénea la lucha por la liberación del ser humano.

La liberación buscada implica para Sosnowski, una integración de los valores heredados a la cultura nacional, rechazando el concepto de asimilación pasiva a una cultura dominante. De este modo, tanto Sosnowski como otros escritores judeo-argentinos contemporáneos hacen una desmitificación de los estereotipos creados por escritores como Gerchunoff en *Los gauchos judíos*.³

Lo que se busca con este nuevo enfoque, es lograr un despertar del ser humano ante los conflictos sociales, políticos y económicos que afectan a la sociedad argentina. El escritor argentino y

en este caso particular el escritor judío-argentino, considera que tiene la misión de desadormecer las conciencias por medio de un discurso que si bien está emitido por un grupo determinado, no es de carácter homogéneo sino heterogéneo. Esta heterogeneidad significa que la búsqueda de una respuesta a la problemática de la represión política, social y religiosa que ha afectado a determinadas minorías del pueblo argentino por tantos años, no incumbe sólo a los judíos sino a todos los argentinos.

En el artículo "Parricide on the Pampa: Deconstructing Gerchunoff and His Jewish Gauchos", Edna Aizenberg dice que la esencia de **Los gauchos judíos** es de carácter territorial. Implica el deseo de pertenecer a un lugar específico y de formar parte de la historia de ese lugar. Llegar a ser un gaucho, para el judío, significa ser domesticado y arraigado (*entrenched*). De acuerdo a Gerchunoff, para que la Argentina llegue a ser para los judíos la tierra prometida, ésta tiene que significar para el inmigrante judío su hogar permanente. Sólo por medio de este proceso de asimilación se liberará de ser el "judío errante". En oposición a esta postura asimilativa basada en un ansioso deseo de "echar raíces" en la nueva tierra, continúa Aizenberg, Sosnowski considera que Gerchunoff canalizó sus energías hacia problemas secundarios en lugar de enfocar y confrontar la historia con hechos, la tradición con las necesidades inmediatas, y los intereses argentinos y judíos con el imperialismo.⁴

En los tres análisis críticos realizados por Sosnowski en **La orilla inminente**, se destacan las diversas características de la problemática que atañe a los inmigrantes judíos en Argentina y a sus familias. En Rozenmacher resaltan las oposiciones o "signos antagónicos" que representan el pasado vs. el presente; la tradición hebrea vs. la cultura argentina; los padres vs. los hijos. Se muestra el desmoronamiento de la familia como resultado de la imposibilidad de lograr una integración sana de ambas culturas. Al respecto Sosnowski nos dice:

La decantación de fuerzas no es simple. No hay una dicotomía claramente delineada ni opciones sin zonas grises y con posibles alternancias y vaivenes. Estas fuerzas que se disputan la posesión de un yo, los signos aparentemente antagónicos que tratan de resolverse en un nuevo signo, en una preocupación unitaria y en una adecuación de lo milenario a lo actual, marcan uno de los aspectos fundamentales de la obra de Germán Rozenmacher (p. 40).

Los personajes de Rozenmacher proyectan a través de sus vidas un sentimiento de soledad y aislamiento. Sosnowski considera que "al margen de motivos judaicos más o menos acentuados, los tres cuentos muestran un reiterado énfasis en la soledad del hombre". Seguidamente explica que "el judaísmo, sin embargo, funciona como marca de la soledad en un mundo que lo ve como algo diferente y molesto; como signo del que no puede convivir en un plano de igualdad con el resto de la población" (p. 60).

La lectura crítica de Goloboff se detiene en las expresiones "diáspora" y "octubre". Sosnowski interpreta la "diáspora" como aquello que "codifica la situación del judío, alejado del concepto de nación que se arraiga en un cuerpo geográfico claramente delimitado; nombra innumerables muestras de opresión; marca la sujeción y sometimiento a voluntades ajenas" (p. 71). La "diáspora" sería entonces la negación del sentimiento de pertenencia a un territorio que por derecho de inmigración o de nacimiento debería pertenecerle al judío argentino. La "diáspora" sería lo opuesto a "octubre", mes que "connota aperturas" en un sistema socialista. La "diáspora" es la alienación del individuo. "Octubre" sería la esperanza que promete el devenir de una liberación del ser. La visión de Sosnowski es la siguiente: "Los polos del viaje -'diáspora' y 'octubre'- son vistos en términos de problema y solución, de opresión y redención, de sometimiento a una

³ Edna Aizenberg, "Parricide on the Pampa: Deconstructing Gerchunoff and His Jewish Gauchos", *Folio*, No. 17 (septiembre 1987), pp. 30-31.

⁴ Aizenberg, p. 31. La adaptación del inglés al español es mía.

historia enajenante y de alteración radical de su curso, de abe-
rración histórica y restitución de derechos y de una noción
igualitaria de justicia" (p. 73).

En cuanto a la obra de Szichman, el estudio de Sosnowski nos
revela la problemática de la paulatina degradación que sufren los
miembros de una familia de inmigrantes judíos luego de llegar a
la tierra argentina. Esta degradación es resultado de un obsesivo
afán de integración a la nueva cultura. Sosnowski señala en su
estudio que la escritura de Szichman refleja el desarraigo del judío
argentino. Destaca también que por medio de la escritura, Szi-
chman está realizando una parodia de las dos alternativas que
enfrenta el judío argentino. La primera sería el enmascaramiento
de su identidad y la segunda el retirarse del lugar que le corres-
ponde por ley. Con respecto a la última obra de Szichman anali-
zada por Sosnowski, éste nos dice lo siguiente:

Las líneas finales de la novela corroboran la presencia de sentimien-
tos de hostilidad, violencia, y frustración ante una integración no
lograda aun bajo la elección conformista de las claudicaciones. Jaime
comprende que en cuanto judío que se bambolea entre dos mundos
sin entregarse de lleno a la religiosidad o al malevaje que ansiaba al
oír un tango, su futuro estará compuesto por fragmentos de historia,
asomos y desapariciones de todo recuerdo perdurable (p. 147).

La única opción que tendrían estos personajes parecería estar
limitada a una posición moderada, de ubicación céntrica, entre
la aceptación de un futuro burgués y el murmullo de "otra
historia". A su vez, Sosnowski afirma que el autor: "En vez de
acatar las opciones que tolera el sistema, opta por parodiar el
encubrimiento necesario cuando el que es argentino, judío, no
religioso, de tendencias ajenas a las gubernamentales, necesita
callar o disfrazarse como cuota de aceptación y supervivencia.
O salir" (p. 147).

El propósito del discurso multifacético de Sosnowski es claro,

Elizabeth Otero-Krauthammer

terminante y con marcado toque de urgencia. Proyecta la nece-
sidad inmediata de un postergado diálogo entre diferentes sec-
tores de la sociedad argentina. No se trata sólo de un llamado
de atención específico a los judíos argentinos sino a todos los
argentinos en general. La multitud de voces que se aúnan en la
voz del crítico argentino reclaman el derecho al suelo donde se
ha nacido y de "recuperar la tierra" o de "imponer en los demás
el reconocimiento de la apropiación por nacimiento, del derecho
a la ciudadanía que no debiera quedar desmentido por el apellido
raro o la mirada torva" (p. 162).

El discurso de Sosnowski muestra una inminente preocupa-
ción por los derechos del hombre, no sólo en lo que se refiere
a los miembros de la colectividad judía, sino que extiende su
interés a todas las minorías étnicas que habitan la tierra argen-
tina. La tarea de los escritores argentinos judíos sería en estos
momentos, de acuerdo al pensamiento de Sosnowski, preocu-
parse por escribir literatura con un propósito liberador:

Escribir desde una pertenencia nacional y étnica comienza a cons-
tituir una respuesta literaria a los dilemas de integración y un corte
tajante frente a la renuncia final que es la asimilación: hablar con
la voz del otro pretendidamente propia. Leer críticamente con esa
misma actitud constituye un paso imprescindible para impedir el
fraccionamiento guético de esta literatura... Por partes, entonces:
si bien es necesaria y útil la identificación de una literatura que
reconocemos por su explicitud como perteneciente a una etnia
concreta, la siguiente etapa exige su lectura dentro del canon
nacional que le otorga sentido como faceta ineludible de una
interpretación específica de esa misma realidad. (pp. 160-1).

El texto literario sería, entonces, el puente de enlace entre los
diferentes pensamientos étnicos y nacionales. Esta reorientación de
la escritura debería abocarse a la tarea de hacer una revisión y
renovación de valores históricos, sociales y políticos, con miras a la
producción de nuevos textos que si bien conservarían sus caracte-
rísticas étnicas originales, tendrían un mensaje universal.

